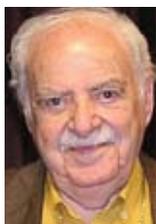


VACACIONES EN QUENQUENTREU



Por Mario González Astorquiza

En conmemoración del día del geólogo, que se celebra el 9 de junio, publicamos estos recuerdos del presidente de la Fundación ISALUD,

Mario González Astorquiza, geólogo pionero en la exploración petrolera en Argentina, ex Presidente del Centro Argentino de Geólogos y primer integrante del Consejo Superior de Geología. González Astorquiza es además Doctor en Ciencias Naturales, ingeniero en petróleo y abogado. Entre otras cosas fue jefe del laboratorio petrológico de investigaciones de YPF. Y Presidente de la Asociación del Personal de YPF. Fue nombrado Mayor Notable Argentino por la Cámara de Diputados de la Nación. .

Mis hijos, Ginesito y Sarita Marta, estaban próximos a comenzar el período de las vacaciones escolares de invierno de acuerdo con lo que indicaba el calendario del año 1960. A pesar de que San Nicolás era el lugar de nacimiento y de nuestros amores, vivíamos en pleno barrio Norte de la porteña Buenos Aires (Santa Fe y Gallo). El “nene” como le decíamos y decimos a pesar de haber sido ministro de Salud de la Nación, cursaba con sus 14 años el último tramo del bachillerato en el colegio Nacional Gral. Belgrano. Era muy buen alumno. Se destacaba por su mala conducta y falta de atención para con los profesores, pero brillante por su conversación y agilidad mental, lo que pronosticaba un futuro fuera de lo común. Su hermana 5 años menor era muy alegre, dulce y fue abogada a los 22 años.

En estos días estaba en nuestra casa un viejo amigo que aún conservo que fue compañero (fallecido hace dos meses) de inquietudes comunes en Córdoba, donde yo hacía el doctorado de Ciencias Naturales. Él cursaba por pedido paterno medicina, mientras yo estudiaba los misterios de la Tierra. Oriundo de Pergamino, cercana a nuestro San Nicolás el Dr. Alberto Rex González a punto de partir a Egipto. Arqueólogo Argen-

tino, hoy estrella brillante de esa disciplina que iba a realizar estudios de ese tipo; antes de que se formara un gran lago que constituyó la actual represa de Asuán. Participaría junto con otros colegas mundiales a extraer, identificar y preservar las piezas de la cultura faraónica que iban a quedar cubierta por las aguas. Me pidió que le guardaré hasta su regreso un jeep doble cabina de su propiedad. Este tipo de vehículo cristalizó la idea que teníamos de hacer un viaje vacacional a los lagos del sur. En esa época no era fácil un viaje de tal naturaleza. No existían puentes para cruzar los ríos sureños, la infraestructura hotelera era escasa, y la provisión de combustible no estaba asegurada en forma permanente. La ocasión era propicia, además teníamos otro determinante: Teresa.

Como Geólogo de YPF, tuve ocasión de controlar la perforación petrolera de un contratista americano –Drilexco– que nos hacía en Neuquén cerca del río Agrío. Importante tributario de Neuquén.

Un día con Sarita muy cerca del lujoso campamento de la empresa, a orillas del río encontramos cerca del monte de jarillas¹ una criatura desnutrida y sucia de alrededor de 10 años de edad. Fue la inolvidable Teresa, desde ese instante parte integrante de nuestro grupo familiar y de nuestras vidas. Estuvo con nosotros hasta que el amor nos la llevó. Ella tenía como una obsesión de volver a esos lares para recordar sus nebulosos orígenes, sus hermanos y sus padres de los que tenía un vago recuerdo. Así, con motivo de llevarla a su terruño y contar con un vehículo ideal para esas circunstancias, iniciamos el viaje... la tripulación estaba compuesta por mi suegra, una vieja sabia, descendiente de inmigrantes italianos, la que mis hijos aun adoran, mi mujer la amantísima romántica Sarita y nuestros dos hijos, Ginesito y Sarita Marta; y por supuesto Teresa. Quedaron en Buenos Aires. mi cuñada Marta y su marido. No sé exactamente la fecha en que lo comenzamos pero en mi recuerdo, fue un día de riguroso invierno, tanto que

¹ Jarilla: arbusto distribuido fitogeográficamente desde la Patagonia hasta Alaska. El indio utilizaba sus cenizas introduciéndola en el agua constituyendo una leja primitiva, que con la grasa de los chivatos hacían pequeños jabones primitivos.



llegando a la inmediatez de Olavarría nuestra respiración se condensó y congeló contra el parabrisas del auto.

Amanecía, cuando las montañas, más viejas del planeta aparecieron a nuestra vista en las estribaciones de las sierras de Balcarce en forma de suaves ondulaciones reveladoras de su vejez. Seguimos rumbo al oeste, cruzamos el desierto y a la vera del Río Negro atravesamos el Valle hasta la confluencia del Limay. Uberrísima zona, en la ocasión “afeada” por el invierno, pero exultante por sus plantaciones, canales y construcciones. Presumíamos que muy cerca estaban los “familiares” de Teresa. No fue difícil encontrarlos al borde de una pequeña barda², a una hermana que vivía con su padre al que no vimos. Ginesito a pesar de sus años hacía malabares con nuestro transporte turístico. Nos despedimos de Neuquén y del barrio, donde todos comentaban la llegada de la “maestra” Teresa. Le prometimos que dentro de 7 días regresaríamos a buscarla. No le gusto mucho la idea pero estimulada por la euforia de la vuelta al hogar se resignó. Seguimos; yo como viejo petrolero de YPF conocía la zona y Plaza Huincul, no fue novedad. Hice una visita corta a los colegas que allí trabajaban. Se asombraron de mi proyecto y me prometieron todo el apoyo logístico posible. Ginesito a pesar de su edad (14 años) continuo manejando, lo hacía y lo hace muy bien. Mientras mis compañeros de aventura se deleitaban con el novedoso paisaje, mis ojos (geológicos) contemplaban con delicia el ascenso a la meseta patagónica que me “contaba” la historia de la Tierra. El Jurásico, el Cretácico... la evidencia de sus fósiles, los saurios gigantes, los curvos amonites, los que para sorprender a los chicos los mandaba a extraer del faldón de los cerros vecinos y se sorprendían cuando les narraba

que esas montañas gigantes que hace millones de años habían sido fondo marino. Que los saurios gigantes volaban. Algunos tan largos que los carnívoros vivientes les devoraban la cola sin darse cuenta que la habían perdido en las fauces de los Smilodontes (antecesor del tigre)- de los cielos enrojecidos por las cenizas de los volcanes cuyos clastos habían dado varias vueltas al planeta. Mostré el pozo petrolero descubierto por la genialidad de nuestros geólogos (Juan Keidel) donde un grupo de hombres los cuales se encontraban convictos en la cárcel de Bahía Blanca hicieron el milagro del petróleo. En aquel entonces el camino viejo de tierra vía Zapala por la ruta 40, sobre una meseta de basalto y la casi permanente y infundible visión del Lanín, en cuyas cumbres nevadas y anillos vaporosos lo adornan permanentemente. En Piedra del Águila solo existía una pequeña estación del ACA, uno de los pocos refugios reparadores existentes en el trayecto. La idea era llegar a Bariloche al atardecer de esa jornada. Arribamos a un gran valle donde en su parte media reptaba en turbulento coyuntura el Collón Curá, antes de desembocar en el Río Limay. Me costó trabajo encontrar al balseiro que nos trasladaría a la otra orilla, la balsa era pequeña con capacidad sólo para un automóvil, propulsada por la corriente con la colaboración de una soga fijada a cada una de las orillas. El cambio de ángulo de incidencia de la balsa con relación a la corriente hacía que se desplazara a uno y otro lado de la costa. Un poco más al norte existía un puente de previo paso a la Rinconada (Automóvil Club Argentino, ACA) para ir a Junín de los Andes. El cielo comenzó a tornarse oscuro y amenazante, decidimos apurar el trámite para llegar lo antes posible. El camino nos dio la opción de pasar un “vado sólo para camiones”, decidimos por el primero. Antes de cruzar el vado vimos un puesto aparentemente sin moradores (Rincón del León) y a su costado un camión sin ocupantes. Iniciamos el cruce. El río cuyo nombre pasó a ser inolvidable se llamaba y se llama QUEN-

² Barda: termino nautico que significa oscuro, tormentoso. En la Patagonia lo usan como promontorio que sobresale en los altos de los cerros correspondiente a la diferente dureza del basalto, la arena y arcilla que los contiene.

QUENTREU (piedras que hacen ruido al rodar) es un emisor el lago Futaleufú donde provienen sus aguas. Tiene un ancho de más de 300 metros. Era casi el anochecer, la idea era llegar lo antes posible a Bariloche o por lo menos donde está hoy Alicurá. Tomé la decisión de cruzar el vado. En el cruce nadie hablaba, Sarita expectante, los chicos un poco sorprendidos. Mi suegra me tenía una fe loca. "Con Mario voy a cualquier parte" decía. Murió después de cumplir los 100 años y mis hijos aun la veneran. Comencé a vadear el río en forma lenta. Eran más de 500 metros hasta la otra orilla, en el medio del cruce se veían unas crestitas y presumí que allí el río era menos profundo, "pando". ¡El agua llegó hasta los asientos!! Sarita seguía expectante, mi suegra me seguía teniendo fe. A los chicos ya no le parecía tan alegre la situación. El jeep no tuvo alternativa y a pesar de nuestro deseo se detuvo... Me saque los zapatos y los pantalones y entré al agua. Una de las cosas más "escalofriantes" que sufrí en toda esta aventura. El agua proveniente del derretimiento de los hielos andinos, tiene apenas algunos grados sobre cero. Procedí a secar el distribuidor y puse el motor de nuevo en marcha. Me pareció mejor volver atrás; ¡no pudimos! ¡El agua había mojado los discos de embrague! Debíamos mantener la calma. Estábamos inmersos en un río correntoso, casi de noche, con lluvia, sin comida y sin posibilidad de conseguir auxilio. Antes de entrar al vado observamos un camión Mercedes 1114 y un poco antes una construcción que aparentaba ser la vivienda de un "puestero" de la estancia. Era imperativo buscar un refugio, el camino abandonado estaba cerrado. La balsa estaba muy lejos. Decidimos ir al puesto con la esperanza de encontrar algún ser viviente que nos ayudara. El agua comenzaba a inundarnos y llegaba hasta los asientos. La operación abandono la realicé con eficacia. Saque primero a mi suegra... Sarita sabía nadar muy bien y los chicos eran muy livianos y me fue muy fácil llevarlos a babucha a todos incluso a mi suegra. La correntada era terrible y en mi viaje de regreso tuve que tomar entre mis manos una gran piedra para que la corriente no me arrastrara. Lo aprendí de nuestros Matacos norteños cuando vadeaban el Bermejo. Llevaba siempre una caja de fosforos, me lo aconsejó otro petrolero, el Dr. Carlos Pérez Conpanc cuando le gané la apuesta para dejar de fumar. Encendí unos "coirones" y arrime mis extremidades dentro de la llama, tan insensible estaba que Sarita Marta me dijo, papi te estás quemando los pies. No podíamos acarrear las pertenencias que habíamos sacado del jeep y las dejamos sin saber que nunca más las volveríamos a ver. Nos dirigimos al puesto. La noche seguía siendo fría y lluviosa, no teníamos mucho temor. El camino hasta el puesto fue lento, no teníamos con que alumbrarnos, agravaba la lentitud el hecho de

"El río cuyo nombre paso a ser inolvidable se llamaba y se llama Quenquentreu (piedras que hacen ruido al rodar) es un emisor el lago Futaleufú donde provienen sus aguas"

estar descalzo y sin pantalones. La puerta de la vivienda tenía un candado exterior ¡los moradores se habían ido! Después de romper la cerradura al entrar encontramos una primera habitación que hacía de cocina y donde hallamos un fogón y un largo banco de madera que pudimos apreciar mejor cuando tuvimos luz. Para encenderla utilizamos unos restos de vela que habían olvidado o dejaban para su regreso los antiguos habitantes del predio. El panorama ya no era tan dramático pero tampoco muy alentador. El fuego y la presencia aledaña del río protegerían nuestro ciclo vital por unos días. Todas estas viviendas alejadas del centro poblado suelen tener alguna huertita para cubrir sus necesidades primarias y en el caso de la Patagonia comúnmente entierran los alimentos perecederos. En una lata de querosén de 20 litros hervimos las papas que encontramos. A pesar de ahumarnos terriblemente tal vez haya sido una de las mejores cenas de nuestras vidas. Habíamos salvado un importante escollo de supervivencia, dentro del puesto una pila ardiente nos protegía del intenso frío reinante. El combustible fueron las ramas que encontramos en los alrededores por cierto húmedos debido a la intensa lluvia caída. El ambiente era casi irrespirable y la noche prometía ser larga. El desafío siguiente era el frío. Los dos chicos estaban bastante bien abrigados. Ginesito en una hermosa campera roja que lo protegía muy bien sólo yo estaba escaso de recursos protectores del frío. Me acordé que en el galpón vecino había visto unos pellones ensangrentados de una reciente carneada que me hizo pensar en la posibilidad de usarlo como cobija o a la manera de colchones, mi suegra se negó rotundamente. Me fui al galpón y con la ayuda de Sarita, mi mujer, la ruliente hija y el dirigente Ginesito armé una cama redonda cerca de la fogata que nos hacía de calefactor. El agrupamiento fue inmediato y atento a las circunstancias y con las emociones de esa jornada inolvidable el sueño nos envolvió... Antes de dormirme pensaba en mi suegra que se había quedado sola sentada en el único banco que teníamos. Pero Dios sabe lo que hace y al sentir la parte posterior de madre política contra el mío me dormí profundamente. Desperté muy temprano viendo los restos humeantes de la fogata que prestamente activé. El día era más horrible, garuaba, no había viento pero el frío calaba los huesos. Enseguida valoricé en dólares el valor del café con leche matinal que tomábamos en casa. El campo estaba semi congelado. Teníamos frente a la casa un corral grande con una tranquera como a 100 metros del puesto. Al norte se veía el valle del Collón Curá y más adelante cruzando el río una inmensa pared vertical donde en forma intercalada se veía las rocas volcánicas que hacían de promontorios. Las mismas constituyen en la actualidad basalto de sustrato por donde transitamos de forma

casi exclusiva toda la Patagonia con resultados de enormes efusiones de ardientes lavas que se consolidaron al salir a la superficie terrestre. Esperar el paso de algún vehículo parecía razonable. La mañana avanzaba y llegar hasta la balsa nos llevaría más de dos horas de viaje. A pesar de estar descalzo y sin pantalones decidimos regresar, sabíamos que el balseiro debía estar a la espera de un vehículo; además confiaba en la velocidad reconocida en el nene para correr. A penas hicimos unos 200 metros vimos un magro caballo pastando pacíficamente. Nos acercamos sigilosamente para intentar enlazarlo con mi cinturón. El animal intuyó nuestro deseo de que lo utilizáramos como medio de transporte o "alimento", nunca se nos dejó acercar. Se nos ocurrió otra idea que tal vez nos diera resultado, introducimos al corral que estaba frente al puesto. Iniciamos la operación y cuando le estábamos gritando a Sarita que nos abriera la tranquera el rugido de un motor ahogo nuestros gritos. En el faldeo de un cerro se dibujó la figura de dos camiones que avanzaban hacia el vado. Ginesito era muy rápido y llegó antes que nosotros. El mundo otra vez era nuestro y fue una de las grandes alegrías que tuvimos en nuestro viaje. Los tripulantes de los camiones eran transportistas del vino del Valle a Bariloche. El dueño Rómulo Verdechía siguió siendo amigo mucho tiempo después. A pesar del mal tiempo reinante corajeó para rescatar el camión que vimos en la entrada del vado. Nos atendieron de forma extraordinaria, comimos y probamos el vino del alto Valle por medio de una bota.

Le sugerí a Rómulo que sacara mi jeep, que estaba en el medio del río. No le dio importancia.

La operación de reparar el camión duró más de la cuenta. Cuando finalizaron las tareas la noche había llegado y decidieron dejar el rescate del jeep para el otro día. Algo conocía la zona sabía que esos ríos se comportan en forma imprevista e imprevisible. Subimos repartidos en tres camiones para seguir adelante, eligieron el camino más largo que yo había desechado.

Antes de comenzar a regresar cerca de la entrada al vado donde estaba nuestro vehículo una estanciera se detuvo para informarse sobre el cruce.

A pesar de advertirle que era peligroso cruzar el río el conductor que era de la estancia Alicurá y su acompañante una doméstica de la misma siguieron adelante.

En la mitad del trayecto la estanciera se detuvo. Subieron al techo del vehículo y de ahí comenzaron a pedir socorro. Decidimos arrojarles una cuerda para que se aferraran a ella y llegaran hasta la orilla. La correntada era muy violenta, arrastraba troncos, árboles y otros elementos. Uno solo de los cabos fue asido por el chofer y al volcarse la camioneta cayeron al agua, abrazados entre sí. Nada pudimos hacer. Varios días después encontramos sus cadáveres muy cerca uno del otro.

Lo que faltaba para llegar a la estancia por el camino largo eran pocos kilómetros, pero en subida y camino largo. La lluvia continuaba, los que no manejábamos salvo las mujeres decidimos empujar los camiones. Por fin llegamos al bendito puente que nos permitiría cruzar el río para finalmente llegar a la estancia. Nos detuvimos sobre el mismo para reconfortarnos un poco. Porque uno de los camiones (naftero) tenía problemas en su encendido. El agua sobrepasaba el mismo que (según los memoriosos de la zona habían sido construido hace 40 años y lo consideraban indestructible). Daba miedo ver como el agua sobrepasaba el puente y como los troncos se acumulaban del lado de la correntada. Seguimos viaje y al doblar una curva, escondida detrás de una larga alameda estaba Quenquentreu. Los perros nos siguieron con su alegría característica, la gente nos estaba esperando con ansiedad, bajábamos y mientras intercambiamos datos sobre las peripecias pasadas oímos un estruendo proveniente del lugar donde quedaron los otros camiones. Nos lanzamos corriendo hasta la curva donde viajaba el resto de la familia y antes de llegar a ella finalmente veo aparecer las luces de los dos vehículos faltantes. El estrepito procedía de la ruptura de parte del puente, una de las fotos atestiguan el estado en que quedó.

La estancia era propiedad de Gente Grande S.A. y comprendía además la de Alicura y paso Chacabuco con una extensión aproximada a 40.000 hectáreas. Tenían un administrador inglés, generaba electricidad por medio de una turbina que estaba a 500 metros, constaba de varias construcciones una grande que ocupaba la proveeduría en su parte central.

Después de 40 años se me hace difícil precisar los detalles pero el contingente humano era de 120 personas, la mayoría chilenos. Una población indígena numerosa, casi todos mapuches y lo notable es que convivían tribalmente.

Lincoleo era su jefe indiscutido, tanto que los directivos de la estancia organizaban con él las reuniones laborales.

Como invitados obligados nos hospedaron en la casa de sus empleados, a nosotros nos tocó convivir con el encargado de la proveeduría. En lo de Jimmy, Jacinto el mecánico aportó su tarea de anfitrión, comíamos con ellos etc. No sabíamos el tiempo que íbamos a pertenecer allí. De todos modos fueron las vacaciones más felices de nuestras vidas, repuse mi pantalón en la proveeduría junto con otros meresteres que íbamos a necesitar en nuestra estancia en el lugar. Éramos prisioneros turísticos. La salida para el oeste (Bariloche) estaba totalmente cortada, en el arrollo Chimehuin. Así como la Alicurá que era nuestra única salida a la civilización.

Al día siguiente la preocupación de todos, era saber el destino de los tripulantes de la estanciera, y con esa finalidad

"En una lata de quetosén de 20 litros hervimos las papas que encontramos. A pesar de ahumarnos terriblemente tal vez haya sido una de las mejores cenas de nuestras vidas"

organizamos un viaje para conocer su suerte. Los caminos no existían habían sido borrado por el aluvión. El rescate fue organizado por los expertos lugareños, por supuesto, a caballo, llevando además una carreta tirada por dos bueyes. Cabalgamos casi toda la mañana agua abajo del arroyo y a unos 200 metros del vado estaba el jeep volcado hacia su lado izquierdo. Le faltaban los asientos y por supuesto las valijas y todos los objetos que habíamos dejado dentro del vehículo. Más lejos estaba la estanciera también volcada. Seguimos rastreando el arroyo y a unos 500 metros los encontramos. Muy cerca uno del otro. Yacían acostados sin símbolo de violencia alguna. “los expusimos al sol y los llevamos”.

En la estancia por suerte cuando se rompió el puente quedo un único hilo telefónico que existía para comunicarse con el destacamento policial de Chimehuin. Hicimos la denuncia policial.

Dos días después y a caballo llegó del departamento un sub oficial de policía que hizo las pericias y el sumario correspondiente. En la noche previa en la construcción de unos rústicos ataúdes con madera de la zona los velamos, adornados con rama de pino. A los muchachos nadie los conocía. Por los papeles hallados en su ropa pudimos identificarlos. En el lugar hay todavía dos cruces que recuerdan su memoria. Al

otro día a la carreta le agregamos dos bueyes para cuartear los vehículos. Pude traer el jeep desprovisto de todo accesorio lleno de barro y pajas. Tiempo después cuando desarmamos el motor encontramos barro ¡dentro de los cilindros! Teníamos que informar a nuestras familias de lo acontecido. En algunos diarios incluso capitalinos ya había salido la noticia de la muerte de dos personas procedentes de Buenos Aires. Por fortuna mi cuñada estaba casada con un medico que era pariente de un ministro. El logró conseguir información sobre nuestro paradero e intentó por medio del ejército llegar a hasta donde estábamos. Por el estado de los caminos no pudo completar su intención de rescatarnos. Nosotros por una parte y los tripulantes de los camiones teníamos el mismo deseo. Los camioneros regresaron construyendo ellos mismos “el camino”.

Los días que estuvimos allí nos integramos totalmente a la vida de esa comunidad. Sarita Marta cabalgaba raudamente todos los días en un enorme tordillo que ella bautizó “Plata”; lo hacía muy bien. Ginesito hacia sus propias excursiones y colaboraba con Jacinto para hacer funcionar el motor del jeep. Mi suegra y Sarita contribuían con su conversación a sazonar con comida y quehaceres domésticos. ¡Fueron días extraordinarios! Nuestra única

preocupación era saber cuándo podíamos salir de allí. Le pedí a Jacinto, el mecánico que nos ayudara a intentar reparar el jeep. Yo alguna experiencia tenia. Cuando pibe en mi San Nicolás, solía acompañar a los choferes en los camiones que tenía mi padre para efectuar el reparto del jabón que su fabrica producía. También teníamos un pequeño taller donde realizábamos reparaciones menores. Todos los días trabajamos un poco. Yo sólo colaboraba. “La junta de la tapa y cilindro” la pudimos sacar entera. Algunas de ella de menor importancia las repusimos con cartón.

Así, un día lo tuvimos listo. La batería se había lavado totalmente. Pero probamos ponerle un poco de ácido sulfúrico de una vieja batería y con la ayuda de “Plata”, después de varias idas y venidas tuvimos ocasión de escuchar las felices explosiones del motor. ¡Podíamos volver!

Comenzamos a “integrar” el jeep para hacerlo habitable. Los asientos los hicimos con cajones de vermut clavados entre sí en forma de L y lo agrandamos con “pellones de las ovejas” los neumáticos no se habían desinflado.

Un día bien temprano, ante la presencia de personas de la comunidad, estaban “todos”, nos despidieron con una emotiva ceremonia.

La convivencia, la solidaridad y la bondad de esta gente nos hicieron caer algunas lágrimas.

No nos cobraron nada.

Alguna vez supimos algo de ellos, aunque nunca más los volvimos a ver.

Comenzamos el viaje de retorno con la a premura del caso. Ginesito tenía dos días para no quedar libre. Plata nos ayudo a cruzar el río que ya había vuelto a su caudal normal.

Pero parecía que el jeep, interpretando nuestros sentimientos quería “quedarse”. Al subir una de las primeras cuestas se negó hacerlo. Volví pronto para que Jacinto me ayudara por última vez. El Quenquentreu quiso vengarse y me enmudecí al entrar en sus aguas cuando regresaba en busca de auxilio. Como Montesuma quería tomarse su venganza por ingratitud. También la luna en un portezuelo nos quiso detener para que no nos fuéramos.

Faltaba recoger a Teresa, llorando y con efusivos besos y abrazos nos recibió. No podía entender por qué la habíamos abandonado y a pesar de nuestras explicaciones nos reprendió severamente.

Saboreamos el inefable sabor de estar en casa. 40 años después sentí necesidad de hacer este relato que conmovió nuestra vida y a Dios y a la providencia que nos protegió durante todo el viaje. 

